

CINE

"Canciones para después de una guerra", de Basilio Martín Patino

Charanga y pandereta

Carlos Semprún Maura

Enfrentarse de pronto con el cine español es enfrentarse con un extraño mundo provinciano, enfrentarse con la España de "charanga y pandereta", o sea, hablando claro, ver muy de cerca, muy de cerca, el mal gusto hortera. Y éste es uno de los méritos de la película de Basilio Martín Patino "Canciones para después de una guerra", el habernos mostrado que el franquismo también era eso: la vulgaridad. A la trilogía que dominaba la vida ciudadana de nuestros cuarenta últimos años, o sea, al sacerdote, al militar y al falangista hay que añadir la prostituta gorda, el cabaret soez y la canción imbécil. Tristes canciones para una triste época.

Muy hábilmente, logrando muy a menudo su blanco, Patino hace contrastar en su

película un montaje de imágenes de no-dos y documentales con canciones que tuvieron su éxito en otros tiempos. Cuando, por ejemplo, oímos y volvemos a oír "La bien pagada", mientras desfilan por la pantalla, a ritmo seco y preciso, imágenes de hambre, de tristeza, de soledad y de muerte, tenemos ganas de aplaudir y aplaudimos, por lo bien que está logrado el contraste.

La entrada en Madrid

Toda la primera parte de "Canciones" es lo mejor que he visto en cine español estas últimas semanas. La entrada de las tropas franquistas en un Madrid desolado, mientras oímos "Ya hemos pasado", respuesta al "No pasarán" republicano y todo lo que sigue: los horrores de la guerra y de la posguerra,

la cárcel, el hambre y, repito, la vulgaridad son cosas que no se ven a menudo en nuestras nacionales pantallas. La "distanciación", la ambigüedad y el humor sardónico de Patino dan a todas estas escenas una eficacia muy grande. Luego, el procedimiento o sistema, siendo el mismo, cuando las cosas han cambiado, no me parece que la crítica de las películas, de los cabarets o del mal gusto consumista de la sociedad española tengan la misma fuerza y produzcan la misma emoción.

Periodo gris y duro

Pero tal vez no tenga Patino la "culpa" de esa impresión mía. O sea, que a mí me emociona e indigna más el período y las imágenes que nos muestra que van del 1939 hasta digamos 1947,

con esas espeluznantes miradas de niños hambrientos y esos recuerdos sangrientos de la segunda guerra mundial. Luego viene un período, también siniestro, pero algo así como menos brutalmente trágico, un período gris, de aburrimiento y de fiñez —y de cárceles, claro—, y es de todas formas más difícil de filmar ese gris. Pero, sea como sea y que a uno le guste más tal o cual parte de "Canciones" —o que uno sienta que en alguna, bien pocas, ocasiones, haya bromas un poco facilonas—, ésta es la mejor película española estrenada en esta última temporada.

Poeta semi oficial

Bueno, la verdad sea dicha y sin quitar méritos a Patino, tampoco es difícil. Porque vayas momias han salido con el aplauso entusiasta de una crítica beata. La más cotizada seguramente en la bolsa de los valores cinematográficos del "todo Madrid" es esa cursilada de Jaime Chávarri llamada "El desencanto". En esta larguísima entrevista, el personaje de Leopoldo Panero aparece como una solemne estatua del comendador que aplastó la vida de los suyos. Y por ahí falla toda la película, porque no son la viuda y los hijos de Hitler —o de Valle-Inclán, en el otro extremo— quienes hablan, sino los de Panero, o sea, nadie. Un fantasma. Un mal poeta semi oficial que murió hace años y que se intenta resucitar artificialmente en esta película, tal vez para lograr una reedición de sus obras completas o una beca del Instituto Juan March. Cosa curiosa (nada curiosa, es autocensura), nadie ha dicho que la otra película de Chávarri, "Los viajes escolares", tenía un profundo e implícito trasfondo homosexual. Y, sin embargo, si no



Miseria, tristeza y "La bien pagada": Logrados contrastes.

se tiene ello en cuenta no se entiende nada a ese film, que no es más que el borrador de una novela. ¿De qué otras películas se está hablando? De "Retrato de familia". Pero yo no diré nada de este film por la sencilla razón que aburriéndome tanto me dormí a los diez minutos de proyección. De "La petición" ya he hablado. De "Libertad provisional" más vale no hablar. Y así sucesivamente, hasta "Las

largas vacaciones del 36". Larguísima.

Porque el problema reside en que no basta que se liberalice el régimen de censura —aunque esto sea necesario— para que automáticamente nos pongamos a hacer buenas películas, después de haber hecho malas durante tantos años. Hace falta algo más, algo total y absolutamente incontrolable. Algo imposible de planificar. Talento.